



Si cada época y lugar tienen sus himnos, Jorge González es quien compuso los nuestros, y no hay chileno que no reconozca lo que sigue cuando escucha los ladridos con los que comienza “El baile de los que sobran”. Sus canciones poseen el misterio de las grandes obras, alguna característica insondable que reside en su simpleza y precisión, y sus letras, retratos del Chile en que creció, son tan directas y con un lenguaje tan claro que cualquiera podría haberlas escrito, pero nadie más las escribió. Sus canciones más famosas son de estructura simple y no hay que olvidar que las compuso entre los 17 y los 21 años. El sonido de su primer disco, *La voz de los 80*, es muy precario, conformado por apenas una guitarra, bajo y batería, pero es uno de los discos más importantes en la historia de la música chilena. Solo con ese disco Los Prisioneros, banda liderada por Jorge González, cambió el modo de entender la música popular en dictadura, invirtiendo la lógica de los años 70: hicieron que la música comprometida fuera bailable y divertida.

PRIMEROS AÑOS: SAN MIGUEL

Nació el 6 de diciembre de 1964 en el Hospital Barros Luco, en Santiago de Chile. Su madre, Aída, era dueña de casa y costurera, mientras su padre, Jorge, viajaba por todo Chile vendiendo timbres de goma. Alguna vez había liderado, bajo el apodo de “Coke Rey”, una sonora que animaba cumpleaños, matrimonios y bautizos, y mientras Jorge era todavía un niño se integró a un grupo de cueca con el que ensayaba en casa. Así fue como se acercó al folclore. Al mismo tiempo, su abuela estaba muy interesada en la música que iba saliendo cada año, por lo que compraba discos de Adamo, Hervé Vilard y Tom Jones, entre otros, discos que Jorge podía escuchar cada vez que iba a visitarla a su casa en calle Salesianos. “Me acuerdo que ella tenía una radio que sintonizaba FM y en la FM la canción que más me impresionaba era ‘Good Vibrations’ de los Beach Boys, porque tenía una parte que después supe que era un theremín,¹ pero yo en ese momento creía que era una enceradora. Sonaba igual a la enceradora de mi abuelita y yo pensaba que era una enceradora la que habían hecho sonar ahí”, cuenta en el libro *Maldito Sudaca*, de Emiliano Aguayo.

¹ El theremín es uno de los primeros instrumentos electrónicos que se inventó. Fue creado por el ruso Lev Termen en 1919.

Su primer acercamiento a la composición musical fue una broma adolescente, tiempo antes de formar Los Prisioneros: pasaba las tardes con sus amigos Miguel y Claudio, en la casa de uno u otro, jugando a la pelota o caminando por la comuna de San Miguel, hablando de discos. Se habían conocido hacía un tiempo, en 1979, en el Liceo 6, y su primer tema común fue la música. Dedicaban todo su tiempo a escuchar discos, juntar plata para comprar los que más les gustaban y grabar cassettes de la radio. Miguel le prestó a Jorge todos sus discos de los Beatles, de los que era fanático gracias a su hermano mayor, y también algunos cassettes grabados de la radio, que tenían canciones como “Cars” de Gary Numan y “Let’s go” de The Cars. Les encantaban Electric Light Orchestra, Kiss y los Stranglers, y su obsesión musical no estaba exenta de sacrificios: fue en esa época en la que Claudio y Jorge caminaron desde San Miguel a Providencia, comuna que no conocían, para mirar discos en la disquería Circus, y también cuando llevaron sus vinilos de Supertramp a la Radio Nacional para que los tocaran en Los Superdiscos, el programa de Juan Miguel Sepúlveda. Habían notado que tenía poca variedad de discos y decidieron ir a ofrecer los suyos.

En una de esas tardes, aburridos, se propusieron inventar canciones. Tocando el respaldo de una cama a modo de percusiones y haciendo sonidos con la boca inventaron su primera canción. “La mazorca del olvido era un bolero”, interpretado por Jorge a la manera de Lucho Gatica, en el que un hombre intenta superar su adicción a masticar corontas de choclo. Sus amigos hacían los coros.

La letra decía así:

*Con una mazorca yo trato de olvidarte
Condenado al vicio solo espero morir
Recuerdo esos días de bellos pasares
En que juntos, juntos hicimos bellas maldades
Mazorca, ma – ma – mazorca
Mis días sin ti serán como pan con ají
Zorca, ¿qué tienen tus granos?
Le dije a mi hermano y ¿sabes lo que me contestó?
(¿Qué te contestó?)
Me dijo ¡quita el dragón para otro lado, que apesta a mazorca!
Mazorca, ma – ma – mazorca
Mis días sin ti serán como pan con ají.*

Grabaron la canción en una radio y luego salieron al pasaje para mostrarla a los vecinos. Todos los amigos de la villa la celebraron y al otro día, en el liceo, siguieron con el juego. Esta vez tocaron las percusiones en un banco y acuñaron un nombre para la banda: Los Pseudopillos. Hacía poco la profesora de biología les había explicado

LOS PRISIONEROS LLEGARON AL PÚBLICO QUE NO SE IDENTIFICABA CON EL CANTO NUEVO. SIN EMBARGO, AUNQUE INFLUENCIADOS POR EL PUNK Y EL NEW WAVE, TAMPOCO OFRECÍAN UNA IMAGEN DE ÍCONOS REBELDES. GENTILEZA CENFOTO.



que las amebas se movían con “pseudópodos”, es decir, con falsos pies. La palabra les quedó dando vueltas y se les ocurrió la idea de los “pseudopillos”: falsos pillos. Ninguno tocaba un instrumento y las melodías eran de canciones famosas cuya letra adaptaban, o especies de rap acompañados de ruidos que hacían con la boca.

Quién podría negar su lucidez: su siguiente éxito, “El Sabio Loco”, canción dedicada al vecino que los sermoneaba cada vez que le pedían de vuelta una pelota, tenía un “sampleo”² de su perorata. El Sabio Loco era un hombre que vivía en un pasaje cercano a su casa, lugar en el que los chicos jugaban al fútbol. El problema era que, a veces, la pelota volaba a su patio y El Sabio Loco nunca quería entregárselas. Peor aún, a menudo salía a mojarlos con una manguera. Más que rabia, les daba risa: no entendían la razón por la que El Sabio Loco cuidaba tanto sus piedrecitas, pues siquiera tenía flores, sino ripio. En realidad, parecía como si buscara una excusa para sentarse a pontificar.

Para la canción en su honor se les ocurrió tocar el timbre del Sabio Loco y pedirle una pelota inexistente. Lo que querían, en realidad, era grabar su sermón para incluirlo en la grabación. La canción comienza con el vecino diciendo *Yo no soy mozo de ustedes, ustedes no viven aquí, no tienen por qué...* Luego, El Sabio Loco se dirige a uno de los chicos y le dice: *Voy a insistir y a volver a hablar con su padre por tercera vez, porque él es comerciante y sabe lo que cuestan las multas, tuvo auto también y sabe cuánto cuestan los partes.*

La letra de la canción decía:

*Era era un sabio loco
Moco, moco, tenía malo el coco
Era más malo que el Topo Morocco
¡Loco, loco, ra ra ra!
No me pisen las piedras, que se me achurrascan
No me pisen las piedras, que se me apachurran
Impulsor del deporte,
Moco, moco, con gusto a poco
Loco, loco, el científico perturbado
¡Santoral, santoral, ra ra ra!*

“El Sabio Loco” fue una de las canciones favoritas de su público. Entonces se tomaron tan en serio el proyecto de Los Pseudopillos que grabaron, de forma casera,

2 Samplear es el acto de tomar una muestra (eso es lo que significa la palabra sample) de un sonido ya grabado para reutilizarlo en una canción. Puede tratarse de una batería, un teclado, el pedazo de una canción, un audio de la televisión (como la conversación de Los Picapiedra que se escucha en la canción “Lo estamos pasando muy bien”) o cualquier otro sonido.

dos discos, además de algunas canciones sueltas. El primer disco de la banda se llamaba *Los Pseudopillos se ríen de sí mismos* y, más tarde, se dieron el trabajo de registrar 20 minutos de aplausos y vítores para grabar sobre ellos las canciones de su disco “en vivo”, *El delirio de los borrachines*. Poco tiempo después de escribir estas primeras letras, Jorge empezó a ir a todas partes con la guitarra que le habían regalado a los 12 años.

Sus rasgos de liderazgo estuvieron patentes desde la adolescencia. Era un referente de opinión para sus compañeros y fue su creatividad la que le fue dando el puesto de líder del grupo. Cuando empezaron, ninguno sabía tocar la guitarra, pero eran los únicos instrumentos que tenían. Miguel tocaba solo las cuerdas graves de la suya, emulando un bajo. Sonaban tan mal que decidieron cambiar: integraron a Claudio Narea y su vecino Álvaro Beltrán en las guitarras y comenzaron a tocar covers de Devo, The Stranglers y The Clash. Jorge pasó al “bajo” y Miguel pasó a las percusiones: como no tenían batería, tocaba su bolsón escolar, porque en las grabaciones se oía más o menos como una. Pero seguían sonando mal.

Compararse con profesionales era triste, así que la siguiente decisión fue componer sus propias canciones. Al principio los compositores fueron Miguel y Jorge. Escribían canciones románticas con títulos como “Chica no me dejes” o “Sentado en el parque”, pero en tercero medio decidieron componer a dúo a la manera en la que, creían, lo hacían Lennon y McCartney: uno haría la música y el otro las letras. Así, Jorge empezó a componer y Miguel se puso a escribir versos, canciones que luego grababan con una radiocasete a la que le conectaban un micrófono. En algún momento, la idea de la dupla compositiva se disolvió de forma natural y Jorge comenzó a escribir él mismo la música y los textos. Según cuenta en su autobiografía, *Héroe*, la canción que le dio el puesto de compositor de la banda fue “Brigada de negro”, que más tarde fue incluida en *La voz de los 80*: cuando sus compañeros la escucharon, supieron que era él quien tenía que hacerlo.

En septiembre de 1981, Marina Tapia le dio a su hermano Miguel 12 mil pesos para que comprara su primera batería. Juntos —Claudio, Jorge y Miguel— fueron a Avenida Santa Rosa, donde vivía el vendedor, y poco les importó que estuviese armada con los restos de una reja y una pelota de golf en el pedal del bombo: si ya tenían batería, eran una banda. Alcanzaron a meterla en el dormitorio de Jorge, donde ensayaban, pero poco tiempo después los padres de González acondicionaron una pieza en el patio. Esa fue la primera sala de ensayos de Los Prisioneros y también donde se grabaron sus primeros demos como Los Vinchukas (habiendo pasado antes por los nombres Los Criminales y Los Ositos de la Pradera). Pero Los Vinchukas fueron debut y despedida, y desaparecieron poco después de la compra de la batería: su primera presentación fue en la sala de actos del Liceo 6 el 14 de agosto de 1982, en medio de gritos pidiendo canciones de The Police, banda que los tres jóvenes despreciaban. La segunda presentación —en el Liceo 1 de niñas— fue la última.